

nada de la corona, sin que en adelante se necesitase de recurso ninguno á Roma para el *palio*, provisiones ó bulas. Se suprimieron las anatas, y la sumision del clero al rey fué erigida en ley del estado. Con ello, reconoció el clero que las convocaciones no debian hacerse mas que con la autoridad del rey; prometió no formar ningun nuevo canon sin el consentimiento de este último; convino en hacer examinar los antiguos por treinta y dos comisionados, y derogar los que fueran contrarios á la prerogativa real; y ademas, fué acordado el derecho de apelacion del tribunal de los obispos al rey y cancillería.

CAPITULO VI.

Observaciones sobre la Historia de los cismas.

Los cismas cuya pintura acabamos de hacer, presentan todos los caractéres que hemos indicado como que son las causas mas propias para producirlos, y que, en el hecho, los produjéron regularmente. Hallamos de nuevo en ellos los efectos de la rivalidad del poder, de la ambicion personal, de la política, con los de las distancias locales. Llevan impreso evidentemente semejantes cismas el sello de estas tres causas, como vamos á demostrarlo.

El paso de los emperadores á Constantinopla fué causa de la grandeza de los Papas; mas inmediatos á los dueños del imperio, hubieran permanecido súbditos, simples obispos de Roma, y destituidos de la ilusion de la soberanía; no hubiera ha-

bido triple corona, ni el desvanecimiento que ella produjo, grande desgracia para la religion y humanidad. En ausencia de los emperadores, los Papas fuéron fácilmente los primeros de Roma abandonada de sus dueños. Aquellos tiempos estaban próximos á la institucion del cristianismo; es siempre el momento del fervor; por lo mismo la religion tenia entónces una grandísima fuerza; y sus gefes por consiguiente debian ser fortísimos. Los Papas eran los gefes de esta religion, tenian pues toda su fuerza; grandes virtudes eran su habitual patrimonio; grandes talentos se manifestaban al lado de ellas, y daban nuevo realce á su sede. Eran ellos la admiracion de las naciones cristianas, y los directos protectores de los pueblos de Italia. En aquella era los bárbaros tenian inundada la Europa; harto ocupados los emperadores con defenderse en la Grecia y Oriente, habian cesado de ocuparse en la Italia; su defensa pues cupo á los Papas, quienes, á falta de

espada, la protegieron con el imperio de la religion: san Leon detuvo á Atila; y como no hay cosa mas natural que el reconocer la dominacion de aquellos cuya asistencia se recibió ó se espera, los pueblos de Italia estuviéron muy inclinados á reconocer como soberanos á los pontífices de quienes habian recibido ó esperaban un auxilio protector. Allí empiezan á dejarse conocer los efectos de las distancias. Se separa uno fácilmente de lo que está léjos. y Roma lo estaba mucho de Constantinopla. Pero miéntras que, por un duplicado efecto contradictorio, la distancia de los emperadores achicaba Roma, y agrandaba á los Papas, la presencia de los soberanos en Constantinopla agrandaba aquella ciudad y su sede: extendiéndose mucho el imperio en Oriente, las relaciones de este con Roma eran ménos fáciles que con Constantinopla. El centro de los negocios civiles debia atraer los de la religion, que, en aquel tiempo, ocupaban un lugar tan su-

perior en el gobierno de los estados; porque desde Constantino, la historia del imperio, y entónces era el mundo conocido, está repartida entre los negocios de la religion y las invasiones de los bárbaros. Son los dos rasgos dominantes de la historia, desde el primero hasta el último de los emperadores de Oriente; el catolicismo pereció allí al mismo tiempo que el imperio; los patriarcas y sultanes trabajáron simultáneamente en la destruccion de este imperio, y saliéron con un igual acierto. Desde los primeros dias del establecimiento del imperio en Constantinopla, se conoce nacer un fondo de rivalidad entre la silla de aquella ciudad y la de Roma; desde cuyo tiempo, ensoberbecidos los patriarcas con el título de su ciudad, toman por texto de sus pretensiones su residencia en la del imperio, concluyendo que la dignidad sacerdotal ha seguido la imperial. El evangelio no les habia enseñado esto, porque él no enseña que el sacerdocio saque su eficacia

del imperio secular, y Jesucristo no arguyó nunca de su estancia en la ciudad de Herodes ó de Pilatos. Bien pronto los patriarcas de Constantinopla quieren tratar de igual á igual con los Papas; en algunos concilios, que eran las grandes cosas de aquel tiempo, consiguieron preceder á los Papas en la firma de las actas. Se arrogan el título de patriarcas ecuménicos; impacientes, no de un yugo muy ligero para ser gravoso, sino de una igualdad que pesaba á su soberbia, de grado en grado, llegan á efectuar una separacion meditada por mucho tiempo, y que roba todo el Oriente á Roma. Este éxito era inevitable; Constantinopla era muy fuerte para permanecer sujeta por mucho tiempo á Roma. Los deberes, aun religiosos, estan sujetos, como los demas, á convertirse en juguete de las pasiones; porque en materia de religion, como en cualquiera otra, obran los hombres á menudo menos con arreglo á los deberes que con arreglo á las pasiones; y estas

no titubean apénas en sacrificar los deberes á su satisfaccion. Por otra parte, la continua firmeza con que el Oriente se adhirió constantemente á Constantinopla, muestra claramente el influjo de las distancias, y quanto gustan los hombres de eximirse de una dominacion lejana, á la que, en mil circunstancias, es preciso recurrir, lo que no puede hacerse sin graves incomodidades y sin infundir á la larga el deseo de libertarse de esto, deseo que se resuelve en independencia, cuando se poseen los medios para ello. Estas son las causas reales del cisma de los Griegos; porque no hay razon ninguna suficiente en los motivos meramente religiosos y dogmáticos: bajo este aspecto, las diferencias eran muy leves para no ser fáciles de componerse; pero los patriarcas no querian precisamente este ajuste, porque uniéndolos él con Roma, los volvia á poner en el segundo lugar, y no podian sufrir ellos mas que el pri-

mero (1). Por lo mismo se ve en la historia que todas las tentativas de reconciliacion, y fuéron numerosas, viniéron del lado de Roma, y se desgraciáron siempre en Constantinopla, porque la reunion volvia á hacer la sujecion, es decir, la cosa mas opuesta á las intenciones de los patriarcas; estas tentativas honran el zelo religioso de Roma, pero prueban que Roma no conocia suficientemente la naturaleza de la oposicion que ella experimentaba. Lo que acaeció en aquella época es muy curioso de observar, y encierra grandes lecciones.

(1) Se cuentan quince principales tentativas de reunion, sin comprender en este número otros infinitos pasos que tenian por objeto la reunion. Los Papas repitiéron estos ensayos con una suma perseverancia; celebráron concilios, proclamáron reuniones: vanos esfuerzos! Les era contraria la naturaleza de las cosas, y no hay que esperar triunfo ninguno luchando contra ella.

La independencia política se asoció con la religiosa, y sacó sumos socorros de ella. En el principio del cisma, algunos emperadores, y una parte del pueblo, se atemorizaron con él, y aun le hicieron oposicion; pero duró poco la lucha: habiendo vuelto á conocer bien presto los príncipes y pueblos, al modo de lo restante del imperio, las delicias de la independencia, se adhirieron igualmente á la separacion de Roma; y luego que los Latinos se hubieron apoderado de Constantinopla, el imperio siguió el cisma, sacó fuerza de él, reconquistó por medio de él y con él Constantinopla, borró allí los vestigios de la conversion á Roma, y mantuvo la separacion en todo el Oriente, sin esperanza de una nueva conversion, á pesar de los concilios celebrados en el Occidente, y de las aparentes reuniones que en ellos se proclamaron, y que no tuvieron extension ni duracion. En adelante la dominacion de los Papas sobre aquellas regiones está limitada á algunas

demostraciones ceremoniales destinadas á denotar su supremacia sobre la Iglesia griega, triste resarcimiento de una pérdida irreparable (1). Las tentativas de reunion eran contra la naturaleza de las cosas, y embarazaban las ideas de los pueblos sobre los medios de satisfacer sus necesidades. En efecto ¿como hacer comprender á los pueblos que cubren la vasta extension de la Rusia y Oriente, desde el Bósforo hasta lo interior de la Siria, que ellos tienen interes en recurrir á Roma, para remediar sus necesidades espirituales? Las distancias, costumbres, language, gobierno, forman allí otros tantos obstáculos, y bastan para inutilizar toda tentativa contraria.

(1) Cuando el Papa celebra de pontifical, cantan delante de él la epístola y evangelio en griego, despues de la epístola y evangelio latinos, para mostrar su superioridad sobre ámbas Iglesias.

Radix omnium malorum cupiditas: el sabio lo dijo muy sabiamente: La codicia es la raíz de todos los males. Pero ¿cual es esta codicia, fuente de todos los males? ¿No es aquella pasión, verdadero proteo entre los vicios, que, bajo mil formas diversas, hace al avaro, al ambicioso del poder, al orgulloso ansioso de honores, y que, despertando en el hombre una sed inextinguible de fortuna y dignidades, le impele, le precipita hácia todos los objetos y en todas las carreras en que él descubre los medios de satisfacer su codicia? Si esta pasión es ya tan vehemente de sí misma; hasta que grado no debe inflamarse ella con la vista de los atractivos fomentos que la irreflexión le presenta! Se crean puestos cuyo esplendor deslumbra, cuya autoridad desvanece, cuya elevación infla el corazón y turba la razón; el arte mágico no inventó nunca más ilusiones; y se cuenta con que los contemplarán indiferentemente! Ah! no pasan las cosas así en la

humanidad. Se supone el mundo un teatro de virtudes, y se echa en olvido que la rareza es uno de los atributos de la virtud. Los más tenues intereses, las más escasas propiedades se defienden en él con encarnizamiento, desde la viña de Naboth hasta el trono más resplandeciente. En todo y en todas partes, se trata sobre quien logrará, conservará lo que él adquirió, lo que tiene, á cualquiera título que sea: y ¡unos puestos tales como no existen en el mundo, no se codiciarían, ó se entregarían en el solo nombre del deber! No, no es necesario esperarlo de parte de los hombres; no se hallarán con disposiciones para semejantes pruebas. Cuando en estas los encontramos débiles, no nos quejemos de ellos, sino de nosotros mismos, por haberlos expuesto á una tentación más fuerte que ellos; y cuando ella cae sobre objetos sagrados, ántes de contar con el imperio de la religión, calculemos las flaquezas del corazón humano: las hallamos

en los ministros de la antigua ley, como en los de la nueva. El sumo sacerdocio de los Judíos se solicitó del mismo modo y por los mismos medios que se solicitó á menudo la dignidad pontificia; y los sucesores de Aaron no fuéron mas desinteresados que los de San Pedro. Por una y otra parte, eran hombres, y obraron como hombres. Luego que, por un enlace de circunstancias propias de aquel tiempo, la autoridad de los Papas hubo llegado á ser la principal de cuantas existian en Europa; luego que, en el desvanecimiento de esta dominacion, algunos pontífices romanos hubiéron podido, con un muy deplorable acierto, imprimir el polvo de sus pies sobre la diadema de los reyes; luego que el mundo temblaba al ruido de sus rayos, y entregaba sus tesoros á sus exactores, un puesto particular en la tierra, y que hacia dueño de ella, debió despertar una inmensa codicia de llegar á él, de permanecer en él, de adquirirle y conser-

varle. Las competencias entre los Papas representaban las guerras entre los pretendientes del imperio; eran las guerras civiles religiosas, en lugar de las civiles políticas: de ello dimanaron los cismas producidos por los que hacian presentes algunos derechos á la ocupacion de este gran puesto del papado, su obstinacion en defenderlos, con peligro de dividir la Iglesia, como esto se verificó en el gran cisma de Occidente. Vióse en él dividida la cristiandad entre tenaces competidores, mucho mas dispuestos á dejar perecer la Iglesia que á sacrificar sus pretensiones. Sin el saludable remedio aplicado por la efficacísima intervencion del concilio de Constanza, que obró en nombre de la Iglesia universal, y desplegó en aquellos supremos momentos su irresistible autoridad ¿no contaria el occidente de la Europa dos Iglesias hoy dia? Esto es muy probable con arreglo á lo que pasaba entonces; y ¿á quien hubiera debido imputarse esta calamidad en parte,

sino á los que habian hecho muy grande el papado?

El cisma de Inglaterra pertenece mucho mas al órden político que al religioso. En el dogma y la liturgia, la Iglesia de Inglaterra es, entre todas las Iglesias disidentes, la que se acerca mas ó dista menos de Roma; le es comun la gerarquía, en todos sus grados, con Roma, menos el último grado, que es el Papa; tiene arzobispos, obispos, cabildos, curas párrocos; y su organizacion representa la que rige todo el catolicismo. El cisma fué un acto de independencia de Roma, y parece haberse limitado á lo que la asegura. El cisma se dirigia en tanto grado contra una autoridad extranjera, que los reyes de Inglaterra conserváron preciosamente cuanta parte del antiguo órden importaba á su autoridad; así guardáron el episcopado como medio de influjo político. Le habia suprimido la república; la dignidad regia se aceleró á restablecerle. Al firmar Carlos II

el bill de su reintegracion en la cámara de de los pares, dijo: *no firmé nunca un bill con mas gusto*; lo cual quiere decir: No trabajé nunca mas eficazmente en favor de mi autoridad. El banco de los obispos en la cámara alta está como adquirido á la corona, y vota siempre con ella. En los reinados de Carlos II y Jacobo II, los obispos, con el clero anglicano y las universidades mayores de Oxford y Cambridge, se declaráron formalmente por el poder absoluto y de derecho divino; lo cual los hizo caer en una embarazosa contradiccion, cuando estrechándolos con sus propias armas Jacobo II, les intimó que le obedecieran en nombre de aquel derecho divino con que ellos lo gratificaban. Substancialmente, el cisma no estaba en algunos puntos de doctrina particulares de la Inglaterra, su principio residia en su política, que le hacia resentirse de los inconvenientes anejos á una lejana autoridad, y en las exacciones que se habian hecho intolerables por parte

de los agentes de Roma; porque la Inglaterra estaba mas vejada todavia que la Francia misma, por mas enormes que eran los gravámenes de esta, tales como nos lo dan á conocer las representaciones de los parlamentos; exacciones que eran tales, que no es posible formarse hoy dia una idea de ellas. Enrique VIII tenia trazas de haber nacido para hacer el cisma; era el mejor instrumento de separacion de Roma que pudiera encontrarse: impetuoso, violento, falto de comedimiento, incapaz de sufrir una oposicion contra sus desarregladas voluntades, tal como le pinta el cardenal Wolsey que debia conocerle; como le era posible simpatizar con una autoridad, que no procede mas que con ayuda del tiempo, que camina con peso y medida, que usa de evasiones, reticencias, y suspensiones? Con semejante hombre, colocado en el seno de las turbulencias que suscitaba la reforma en Alemania, y sostenido por las disposiciones

que se manifestaban en la nacion inglesa, no podia esta casi permanecer sujeta á Roma. Por lo mismo Enrique, despues de haberla defendido contra Lutero, rompió con ella, y sin abrazar los dogmas de los protestantes, abrazó su independenciam de Roma. Mostró con ello como puede separarse uno en la dependencia, no separándose sino muy poco en el orden religioso. Enrique VIII hizo en sus dominios lo que él veia hacer en un sinnúmero de naciones: la Suecia, Dinamarca, Prusia, ciudades Anseaticas, todo el norte de la Alemania, Holanda, Suiza, se libertaban á un mismo tiempo de Roma. En cuantas partes se queria libertad, se separaban de aquella: el cisma era la via y sello de la independencia. La Inglaterra siguió el torrente que arrastraba la Europa léjos de Roma: el negocio del matrimonio de Enrique VIII no fué mas que un incidente de esta gran causa, que en el fondo estaba juzgada ya. La prueba de que el cisma existia en las

cosas y no en un incidente personal á Enrique VIII, es que todos los esfuerzos de María, hija suya, en favor de Roma, y cuanta sangre derramó ella por esta, se malograron; que Isabel se atrajo mas particularmente el afecto de los pueblos ingleses por medio de sus desvelos en mantener la separacion de Roma; que los Estuardos fueron arrojados por haberse mostrado muy propensos á reunirse con ella, y que los Ingleses, para fortificar el cisma escudándole con un duplicado interes, confundieron la Iglesia con el Estado, y abrazaron en sus actas *Church and Stat*, la Iglesia y el Estado, dándose mutuo auxilio. El cisma mató á los Estuardos, y los destruyó irreparablemente.

CAPITULO VII.

Bosquejo sobre el estado real de la cuestion entre Roma y la América.

De que se trata? de la cosa mayor y mas legitima juntamente, podria decirse mas natural; pero tambien con ella, que inmenso espectáculo llega á llamarnos la atencion? Por una parte, un pontifice dispensador de los medios de un culto que cubre el universo; por otra, un mundo entero que saliendo, por decirlo así, de su recinto, señala su entrada en la vida social adelantándose respetuosamente hácia la silla sobre la que, en otro hemisferio, se eleva el gefe de este culto universal, y que llega á pedirle que le ayude en el pio designio de permanecer unido á este culto, á su sede propia, á él mismo, limitándose á suplicarle que arregle las exi-